

en Argentina: [www.conelpapa.com/historiasde-lavidamisma/sanchezbella.htm](http://www.conelpapa.com/historiasde-lavidamisma/sanchezbella.htm)

Liliana María BREZZO

## ATENCIÓN A ENFERMOS Y VISITAS A HOSPITALES

1. El gitano moribundo. 2. Los hospitales de Madrid. 3. Glorificado sea el dolor. 4. Los cimientos para hacer la Obra de Dios: oración y expiación. 5. Constante atención a los enfermos.

Los enfermos fueron siempre objeto de atención particular por parte de san Josemaría. Cuando estaba con ellos, trataba de ayudarles humana y sobrenaturalmente, con gran caridad sacerdotal. Entre 1931 y 1936, ese trato fue especialmente intenso con enfermos hospitalizados, y tuvo lugar en diversos centros sanitarios de Madrid.

### 1. El gitano moribundo

En la catedral de Nuestra Señora de La Almudena, de Madrid, hay una capilla dedicada a san Josemaría, en el lado derecho de la girola, junto a la capilla del Santísimo Sacramento. En el centro de la capilla se alza una imagen de san Josemaría, fundida en bronce, del escultor Venancio Blanco. El artista ha representado a san Josemaría revestido con ornamentos sacerdotales, para subrayar su carácter de sacerdote de Jesucristo. Su gesto es recio, sonriente y amigable, con los brazos abiertos y unas manos fuertes en actitud de abrazar a la persona que está ante él. Completan la capilla cuatro altorrelieves del mismo escultor. El inferior derecho representa a san Josemaría atendiendo a un enfermo agonizante, un gitano fallecido en el Hospital General de Madrid.

El 16 de febrero de 1932, san Josemaría escribió en sus *Apuntes íntimos* que dos días antes había visitado a un enfermo en ese Hospital. Se trataba de un moribundo que, al parecer, no quería recibir

los santos sacramentos. San Josemaría le visitó, después de hablar con la religiosa encargada de la sala de enfermos: “Era un gitano, cosido a puñaladas en una riña –refiere el sacerdote–. Al momento, accedió a confesarse. No quería soltar mi mano y, como él no podía, quiso que pusiera la mía en su boca para besármela. Su estado era lamentable: echaba excrementos por vía oral. Daba verdadera pena. Con grandes voces dijo que juraba que no robaría más. Me pidió un Santo Cristo. No tenía, y le di un rosario. Se lo puse arrollado a la muñeca y lo besaba, diciendo frases de profundo dolor por lo que ofendió al Señor” (*Apuntes íntimos*, n. 608: AVP, I, p. 429). El gitano murió con muerte edificantísima, diciendo entre otras frases, al besar el Crucifijo del rosario: “Mis labios están podridos, para besarte a ti” (cfr. *ibidem*). Nunca olvidó san Josemaría aquel grito sincero de arrepentimiento. Ese hombre fue uno de los miles de enfermos y moribundos a los que san Josemaría atendió en los hospitales de Madrid y en sus barriadas limitrofes. Esta labor estuvo, durante varios años, relacionada con el Patronato de Enfermos dirigido por la Congregación de las Damas Apostólicas. Con frecuencia las religiosas acudían a san Josemaría para que fuera a atender enfermos en los lugares más variados (cfr. GONZÁLEZ-SIMANCAS, 2008, p. 147 ss.). Al dejar el Patronato de Enfermos, el 28 de octubre de 1931, san Josemaría cesó también en el trabajo de atención domiciliaria de enfermos, específico de dicha institución, pero no en las visitas a enfermos. Al día siguiente escribió: “ayer hube de dejar definitivamente el Patronato, los enfermos por tanto: pero, mi Jesús no quiere que le deje y me recordó que Él está clavado en una cama del hospital” (*Apuntes íntimos*, n. 360: AVP, I, p. 425). Fue el sacristán de Santa Isabel, Antonio Díaz, quien le habló del trabajo que la Congregación Seglar de San Felipe Neri hacía en el vecino Hospital General.

## 2. Los hospitales de Madrid

Entre 1931 y 1936, san Josemaría frecuentó distintos hospitales de Madrid para atender a los enfermos internos en esos centros. Los hospitales públicos acogían sobre todo a quienes, por carecer de medios, no podían convalecer de su enfermedad en sus domicilios particulares. Allí se daban cita los más pobres de la sociedad. En los años treinta la capital de España contaba con varios centros hospitalarios, entre los que destacaban por sus dimensiones, el Hospital General, que dependía de la Diputación Provincial, y el Hospital de la Princesa, de la Beneficencia. El primero estaba en la calle de Santa Isabel, junto a la glorieta de Atocha, y el otro en la calle de Alberto Aguilera. Había otros hospitales de dimensiones más reducidas y, de algún modo, especializados en la atención a la infancia, como el de San Rafael, situado en el barrio del Niño Jesús; los de Incurables, uno para hombres y otro para mujeres, que acogían sobre todo a ancianos y personas con enfermedades degenerativas; y el Hospital del Rey, para enfermedades infecciosas. Este último estaba en las afueras de Madrid, en Chamartín de la Rosa, y era de reciente construcción; respondía a una concepción de la medicina y de la hospitalización más moderna y acorde con los planteamientos alcanzados; y dependía de distintas fundaciones benéficas. Hay constancia documental abundante de la presencia de san Josemaría en tres de estos hospitales: Hospital General, Hospital de la Princesa y Hospital del Rey. Sólo hay un testigo que afirma haber acompañado a san Josemaría al Hospital de San Rafael.

San Josemaría comenzó la atención de enfermos en el Hospital General el 8 de noviembre de 1931, ajustándose en esa tarea a los modos de proceder de la Congregación de San Felipe Neri, que practicaba las obras de misericordia llamadas corporales: lavar a los enfermos, cortarles las uñas, limpiar los vasos de noche, barrer el suelo... Los sacerdotes, además,

ejercían su ministerio con quienes lo solicitaban. Acudía allí los domingos por la tarde y mantuvo esta dedicación hasta julio de 1936. En este hospital conoció a gente que luego participó de la incipiente labor del Opus Dei, como Luis Gordon, Jenaro Lázaro, Antonio Medialdea, Saturnino de Dios... (cfr. AVP, I, pp. 423-425).

San Josemaría comenzó a frecuentar el Hospital del Rey en enero de 1932, gracias a su amistad con el capellán de esta institución, José María Somoano. Al comienzo acudía para ayudar en la labor de la capellanía. A partir de abril, una de las mujeres internadas en este centro, María Ignacia García Escobar, aquejada de tuberculosis, solicitó ser admitida en el Opus Dei, y ofrecía por la Obra sus sufrimientos. San Josemaría, tras visitarla, aprovechaba también para atender a otros enfermos. En julio de 1932 murió, probablemente envenenado, el capellán Somoano. Entonces san Josemaría habló con sor Engracia Echeverría, superiora de la comunidad de las Hijas de la Caridad que atendía el Hospital, y se ofreció sin reservas para atender todas las necesidades que surgieran. Hay que tener en cuenta que, con las nuevas leyes laicistas del momento, se había excluido de la plantilla del Hospital el puesto de Capellán, y la normativa ponía muchas trabas a su labor pastoral. No obstante, desde esa fecha, bien san Josemaría, bien algunos de los sacerdotes que colaboraban con él, como don Lino Veá Murguía o don Saturnino de Dios, se hicieron cargo de la atención sacerdotal del Hospital del Rey. Los recuerdos que las religiosas escribieron sobre el trabajo del fundador del Opus Dei en este Hospital son elocuentes (cfr. *Testimonios*, 1994, pp. 315-320, 363-369, 413-417).

El Hospital de la Princesa era el tercer centro en el que san Josemaría atendía enfermos. Agregado a la Facultad de Medicina, sus instalaciones respondían a la concepción hospitalaria de la última mitad del siglo XIX. Al igual que el Hospital Ge-

neral, estaba saturado: el número total de enfermos era de unos dos mil, alojados en salas de doscientas a trescientas camas, salas aprovechadas al máximo, ya que entre cama y cama había solamente espacio para una mesilla de noche que, en muchos casos era sustituida por una silla. El pasillo central, que era muy amplio, estaba casi siempre ocupado por dos filas de camas. No sabemos cuándo comenzó a visitar enfermos en este hospital, pues en los escritos de san Josemaría sólo hay una referencia incidental de 1933. Probablemente fue informado y quizá introducido en este centro por el Dr. Blanc Fortacín, pariente suyo y médico de prestigio. Hay un testimonio expresivo del Dr. Tomás Canales, que trabajaba ahí desde diciembre de 1932. Afirma: “desde el día en que me presentaron al Padre, lo veía con mucha frecuencia por las mañanas en el Hospital, por los años 1933-34. Iba de sala en sala, hablando con los enfermos, confesaba y daba la Comunión, pero con cariño y una simpatía que encantaba al personal sanitario y a los enfermos. Lo veía a distintas horas de la mañana, por lo que deduzco que debía estar tres o cuatro horas”. Y añade: “No temía al contagio, porque en todas las salas que entraba eran enfermos contagiosos y más de una vez se le avisó del peligro que corría en el trato con los enfermos y siempre contestaba, con simpatía y sonriendo, que él estaba inmunizado a todas las enfermedades” (SASTRE, 1989, pp. 116-117).

### 3. Glorificado sea el dolor

El sentido que tenían estas visitas, a las que san Josemaría dedicaba muchas horas, lo encontramos en unas palabras, a primera vista tal vez desconcertantes, pero que manifiestan su serenidad y sentido sobrenatural. El 14 de enero de 1932 escribió: “Bendito sea el dolor. Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!” (*Apuntes íntimos*, n. 563: AVP, I, p. 443). Pudo decir las porque su alma se había fortalecido con el propio sufrimiento.

San Josemaría desarrollaba por aquellos años una intensa actividad apostólica entre jóvenes, además del cumplimiento de las obligaciones de la capellanía y de las visitas a los enfermos, al tiempo que pedía muchas oraciones y él mismo realizaba duras penitencias (cfr. AVP, I, p. 335). Además, san Josemaría tenía experiencia de largas agonías, vividas con entereza junto a los enfermos.

En un coloquio en Lisboa en el año 1972, explicó el sentido de la glorificación del dolor, al responder a la pregunta de un asistente: “Me has hablado de *Camino*. No me lo sé de memoria, pero hay una frase que dice: *bendito sea el dolor, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, glorificado sea el dolor*. ¿Te acuerdas? Eso lo escribí en un hospital, a la cabecera de una moribunda a quien acababa de administrar la Extremaunción. ¡Me daba una envidia loca! Aquella mujer había tenido una gran posición económica y social en la vida, y estaba allí, en un camastro de un hospital, moribunda y sola, sin más compañía que la que podía hacerle yo en aquel momento, hasta que murió. Y ella repetía, paladeando, ¡feliz!: *bendito sea el dolor* –tenía todos los dolores morales y todos los dolores físicos–, *amado sea el dolor, santificado sea el dolor, ¡glorificado sea el dolor!* El sufrimiento es una prueba de que se sabe amar, de que hay corazón” (CECH, p. 406).

### 4. Los cimientos para hacer la Obra de Dios: oración y expiación

En los enfermos san Josemaría encontraba los medios para hacer la Obra de Dios. Muchos años después recordaba: “Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada” (BERNAL, 1980, p. 188; cfr. SASTRE, 1989, pp. 107 ss.). Humanamente no se entiende que buscara donde sólo había pobreza y miseria; sólo la perspectiva de

fe y de amor ilumina este comportamiento. Por eso, en otra ocasión añadió: “Fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Mientras tanto trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor. Había una representación de casi todo: había universitarios, obreros, pequeños empresarios, artistas... Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta. Pero he querido deciros –algún día os lo contarán con más detalle, con documentos y papeles– que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas” (BERNAL, 1980, p. 189).

El 2 de julio de 1974, en el colegio Tabancura de Santiago de Chile, alguien le pidió que explicase por qué decía que “el tesoro del Opus Dei son los enfermos”. Despacio, como saboreando los recuerdos, san Josemaría habló de un “sacerdote que tenía 26 años, la gracia de Dios, buen humor y nada más. No poseía virtudes, ni dinero. Y debía hacer el Opus Dei... ¿Y sabes cómo pudo? Por los hospitales. Aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupérrimos, con aquellos tumbados por la crujiá, porque no había camas. Aquel Hospital del Rey, donde no había más que tuberculosos, y entonces la tuberculosis no se curaba... ¡Y ésas fueron las armas para vencer! ¡Y ése fue el tesoro para pagar! ¡Y ésa fue la fuerza para seguir adelante (...). Y el Señor nos llevó por todo el mundo, y estamos en Europa, en Asia, en África, en América y en Oceanía, gracias a los enfermos, que son un tesoro...” (BERNAL, 1980, p. 189; cfr. SASTRE, 1989, pp. 110-111).

Consciente de la tarea apostólica que tenía entre manos, san Josemaría plasmó por escrito en sus *Apuntes íntimos* que los cimientos de esa actividad eran la oración y la expiación: “Así, en ese gran edificio,

que se llama «la Obra de Dios» y que llenará todo el mundo, no hay que dar importancia a la veleta brillante. ¡Eso ya vendrá! Los cimientos: de ellos depende la solidez toda del conjunto. Cimientos hondos, muy hondos y fuertes: los sillares de ese cimiento son la *oración*; la argamasa que unirá estos sillares tiene un nombre solamente: *expiación*. Orar y sufrir, con alegría. Ahondar mucho; pues, para un edificio gigante, se precisa una base gigante también (octubre 1930)” (n. 92: AVP, I, p. 367).

En 1934 había escrito en una de sus *Consideraciones Espirituales*: “Después de la oración del Sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos” (BERNAL, 1980, p. 219). Aquí está el sentido de sus visitas a los hospitales.

## 5. Constante atención a los enfermos

La atención a los enfermos no fue un episodio aislado en la vida de san Josemaría, restringido a la época de los comienzos, sino que se extendió a lo largo de toda su vida.

Durante su vida en Roma y en sus numerosos viajes por todo el mundo, se prodigó tanto en la atención de los enfermos que le eran cercanos como de aquellos de los que le llegaban noticias. Los testimonios sobre su cuidado y sus visitas a enfermos son numerosísimos. Limitémonos a un ejemplo: sus visitas a la Clínica Universidad de Navarra, siempre que acudía a Pamplona.

Uno de los médicos de la Clínica Universitaria, después de recordar las visitas que había realizado a los enfermos y los encuentros con médicos y enfermeras, comenzaba sus recuerdos con estas palabras: “para comprender las dimensiones de su cariño a los enfermos, un cariño universal, que no distingue, que no regatea, hay que comprender previamente que Monseñor Escrivá de Balaguer quiso para la Universidad de Navarra y, especialmente

para su Clínica, ese aire *luminoso, ordenado y limpio, humanamente agradable* que sabe proyectar en un ambiente sólo aquel que tiene un concepto entrañable de lo que es un hogar” (DEL PORTILLO - PONZ PIEDRAFITA - HERRANZ, 1976, p. 165). Estas palabras encierran lo que fue la predicación y visitas a enfermos de san Josemaría.

*Voces relacionadas:* Dolor; Enfermedad; García Escobar, María Ignacia.

**Bibliografía:** AVP, I, *passim*; AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1987<sup>2</sup>; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980; Julio GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, “San Josemaría entre los enfermos de Madrid (1927-1931)”, *SetD*, 2 (2008), pp. 147-203; Julio MONTERO - Javier CERVERA GIL, “Madrid en los años treinta. Ambiente social, político, cultural y religioso”, *SetD*, 3 (2009), pp. 13-39; Álvaro DEL PORTILLO - FRANCISCO PONZ PIEDRAFITA - Gonzalo HERRANZ, *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1976; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Gonzalo LOBO MÉNDEZ

## AUDACIA

1. Significado y contexto. 2. Dos sentidos de la audacia. 3. Audacia e infancia espiritual.

Las referencias a la audacia, que indica la actitud de atreverse a tareas difíciles o arriesgadas, así como a términos y expresiones semejantes (valentía, santa desvergüenza, fortaleza, santa intransigencia), son habituales en los escritos de san Josemaría y constituyen un rasgo característico de su espiritualidad.

### 1. Significado y contexto

El término “audacia” encuentra un contexto muy apropiado para captar su significado para san Josemaría en la expresión “Dios y audacia”, que aparece dos veces en *Camino* (11 y 401) y una en *Surco* (96). En los comienzos del Opus Dei, la expresión se relaciona con la historia de la primera actividad apostólica de carácter institucional, la Academia DYA, inaugurada a finales de 1933 (cfr. AVP, I, pp. 508-519, 533-538). Hay testimonios que muestran que era una expresión que san Josemaría usaba con frecuencia, para animar, a quienes se acercaban a su apostolado, a superar las dificultades y a comportarse con magnanimidad y altura de miras (cfr. *Testimonios*, 1994, p. 294).

La expresión “Dios y audacia” pone de relieve que la audacia no es una actitud meramente humana, sino que se fundamenta en la confianza en Dios, de quien el cristiano recibe la fortaleza para actuar audazmente. Es manifestación de la fe en Dios, que opera en el cristiano y le lleva a evitar toda actitud apocada y a no contemporizar (cfr. C, 54), tanto en su misión apostólica como en la propia vida espiritual. Constituye un rasgo de esa “naturalidad sobrenatural de la ascética cristiana” (S, 559) que lleva al discípulo de Jesús a superar sus propias limitaciones, a crecerse ante los obstáculos (cfr. C, 12) y a ampliar sus horizontes con la “santa ambición (...) de llevar el mundo entero a Dios” (S, 701) –ambición que debe ser “por Cristo, por Amor” (C, 24)–, sin caer en la falsa prudencia de quienes “han llamado locuras a las obras de Dios” (C, 479). Al contrario, “por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez” (AD, 87), escribe san Josemaría.

### 2. Dos sentidos de la audacia

Los pasajes en los que san Josemaría habla de la audacia aparecen en dos ámbitos principales. Por un lado, la audacia, entendida sobre todo como sinónimo de

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.